

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO AGUIÑEZ

GALERÍA CÓMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES
IL SIGNOR DI PULLCINELLA



querellas
farsa
comparsa
ellas
violón
candombero
dinero
turrón.

(A amigos y enemigos va dedicado
el verso que hoy más claro dar no podemos;
y el domingo que viene publicaremos
las glosas que ambos bandos hayan enviado)

AÑO I
N.º 65
Mayo 26 de 1895
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franquco.
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez.—«Gauchada».—«Para Ellas», (Rayo de luz), por Alina Doré.—«La sorpresa del final», por J. Pérez Eñiga.—«Lo que piensa Monsieur».—«Estornudos y sabañones», por Fray Cándela.—«Teatros», por Be-Bomol.—«Entre dos fuerzas», Novela, por Arturo A. Giménez.—«Menudencias».—«Correspondencia Particular».

GRABADOS.—«Galería Cómica», Fotografías sin retoques, Il signor Pulcinella, por Wimplaine.—«Para Ellas», Retrato de señora, por Aurelio Giménez.—«El murguista despedido» por Wimplaine.—Y varios intercalados en el texto y avisos por Aurelio Giménez.



Erase que se era un rey muy poderoso, muy enérgico y muy jeneroso, que gobernaba un país muy pequeño pero muy rico y muy obediente.

Este rey, que se llamaba Julio, había sido elegido por el pueblo, á quien una hada llamada la Adulación, que tenía muchos siervos en aquel país, lo presentara como un dechado de virtudes, preguntando en ciertos memoriales que todos los sábados se repartían entre los habitantes del reino, su patriotismo, su talento y su honradez.

Apenas elevado al trono, el rey Julio, que era galante, vió solicitados sus favores por las más bellas princesas de la tierra, que de incógnito venían en las compañías de teatro, y por otras grandes hermosuras que no eran ni princesas ni venían en las compañías de teatro; pero que gastaban mucho dinero y llevaban mucho tiempo al enamorado rey.

Una vez éste bien posesionado del poder, preocupóse de premiar á todos aquellos siervos que le habían ayudado á ceñirse la corona y para al efecto, como en aquel pequeño y obediente país había cámaras (como en algunos de nuestros días) llamó á sí á todos los más dóciles y mansos y les dió asiento en ellas, repartiendo entre todos los dineros públicos, y creando empleos lucrativos para los restantes, sin que esto le doliese, ni sintiera por ello pesar, pues como hemos dicho, era jeneroso.

Pocos meses lievaba de reinado, cuando una horrible maga llamada la Traición, muy su amiga, se le apareció en sueños y le dijo que cinco ó seis súbditos descontentos intentaban derrocarlo. Y él, aunque disponía de inmensas fuerzas y no podía temerles, los mandó matar en las calles, sin que esto le doliese ni sintiera por ello pesar, pues, como hemos dicho, era enérgico.

Pero ¡oh debilidad humana! El gran rey, mal aconsejado por una hechicera malvada llamada Disipación, dióse á frecuentar el palacio encantado de la Corrupción, mágico lugar donde todo es brillo y riqueza pero que descansa sobre cimientos de podredumbre; y tanto gustóle al rey Julio, que acabó por no salir de allí más. Y como se había vuelto perverso y astuto, logró que entraran en el fatal palacio casi todos los hombres más notables del reino, despidiéndoles al cabo de poco tiempo, perdidos su buen nombre y prestigio.

Entre tanto, Eugenio César, un siervo á quien había elevado hasta hacerle Jefe de su Policía, dando rienda suelta á sus malas pasiones, castigaba

cruelmente al pobre pueblo y le hacía sufrir mil humillaciones, mientras él comía de tal modo que todos los niños del reino estaban asustadísimos, pues Eugenio el arbitrario, que había llegado á gastarse setecientos pesos en una sola comida, no era hombre que se detuviera ante nada, tratándose de manjares delicados.

Todas estas cosas tenían tan disgustados á los súbditos del gran rey Julio que, á poderlo, le arrojaran del trono con tanto odio y violencia como alegría y orgullo habían tenido al elevarle á él.

¡Figuráos, pues, con cuánto júbilo vería llegar el día en que Julio debía abandonar el poder! (porque en el país de que hablamos los reyes solo podían ocupar durante cierto tiempo el trono, aunque todos lograban burlar esa disposición).

¡Y con cuánta tristeza vería llegar el gran rey este día que iba á separarle de sus placeres y de sus riquezas y de todo aquello que le proporcionaba el tesoro del Estado!

Las hadas, que se interesaban mucho por la suerte del pueblo muy pequeño pero muy obediente, decidieron intervenir para dar por sucesor á Julio, un rey bueno, honrado, patriota y justo. Pero Julio, que tenía por amigos á todas las hadas y magos malignos, declaró por medio de ellos que solo permitiría que le sucediera en el trono un rey salido de su servidumbre y obediente y manso como el pueblo que éste iba á regir. Y como tenía de su lado la Adulación, el Interés, la Venalidad, la Intriga, la Farsa, y muchísimas otras deidades perversas y poderosas, hubo de someterse la contienda al arbitraje de la Casualidad.

Y ésta y la Intriga sugirieron á Anjel, mayordomo general del rey, la idea de hacer elegir á Juan, un pobre siervo de Julio, muy humilde, dócil y torpe, cuya ineptitud era bastante garantía para el rey saliente:



Juan fué pues elegido y el pueblo se alegró de haber salido de las manos de Julio.

Juan, que era un pobre hombre, al verse elegido rey, no cabía en sí de gozo, y dió en festejarse á sí propio con luminarias y músicas y festines.

Y todos decían: «Es un gran rey: come y bebe como el primero del reino» En tanto él, como no estaba acostumbrado á desempeñar aquel papel, hacía muchas barbaridades, que servían de risa y jolgorio á Julio y sus amigos. Ora poníase manto y corona sin objeto alguno, con el único fin de lucirlos; ora hacía servir el cetro de macana, ora disparataba en los discursos que pronunciaba en tanto banquete como daba á sus amigos y principalmente á sí mismo.

Julio le dejaba hacer, contento de mandar él tanto como antes, y ambos vivían muy felices.

Pero cádate aquí que una hada seductora, llamada Ambición, aparecióse una noche á un pajecillo, antiguo siervo de Julio, cuyo pajecillo se llamaba Enrique el lindo, y le escitó á derrocar á Julio para apoderarse de su poder, y su influencia en el ánimo de Juan.

Y Enrique el lindo púsose á la obra, y de acuerdo con Juan, á quien hizo dar ganas de ser rey de adiverías, empezó á escribir unos memoriales para el pueblo, en que se atacaba duramente al ex-rey y siempre gobernante, declarando que Juan era el único monarca y que se bastaba á sí mismo, lo cual era una gran mentira.

Mientras tanto Juan gozaba, loco de contento al pensar que iba así á apoderarse del poder, cuando he aquí que una espantosa aparición vino á turbar su espíritu de un modo horrible. Aquel horrible monstruo que era el Miedo, y mientras Juan temblaba como una hoja, le mostró el gran poder de Julio; su poder, tan débil, perdido; las lindas y lujosas vestiduras, el manto, la corona! perdidos, y en el porvenir una vida sin banquetes, sin fiestas, ni alegrías!...

Y le ordenó que fuera á pedir perdón á Julio, sino quería ver realizada aquella horrenda visión. Y Juan, loco de pavor, se arrojó, olvidado de Enrique el lindo que iba á ser sacrificado, y de sus

promesas, y de todo, á los piés del poderoso y terrible Julio, y le pidió perdón por su mala acción, prometiéndole que en adelante sería más



bobo y más obediente y más manso, si posible es, que antes.

—¿Y después, qué hicieron Juan y Julio?

—Fueron muy felices y tuvieron muchos hijos... ¡digo! ¡No! Así concluyen todos los cuentos de hadas, pero este no concluye así.

—¿Y cómo concluye?

—¡Ah! Eso ve á preguntárselo á Juan... y á Julio, sobre todo.

ARTURO A. GIMENEZ.



GAUCHADA

(ESCRITO PARA LA VELADA DE « LA CRIOLLA »)

Cuando mi amigo Orosmán Moratorio me lo dijo, dije para mí: de fijo en «La Criolla» no me oirán.

Cosas criollas yo! ¡Sí, sí! No sé hacerlas, lo confieso; y como me meta en eso van á reirse de mí!

Esas palabras que emplean me dejan, al oírlas, lelo. Pongo por testigo al cielo para que así me lo crean

¡Fletes? Yo no conocía sino los que en los vapores cobran por bultos mayores... ¡no es mucho lo que sabía!

¡Recado? según mi cuenta era lo que amante fiel manda decir al doncel por medio de la sirvienta.

Y así todo; que en el rango de los nulos me contaba si de criollos se trataba... ¡Vamos! ¡Era un murrango!

Y «quien no ha batido suelas!»... Haciendo de payador me iba á encontrar mucho peor que un pueblerito con espuelas.

Mas Moratorio no oyó razones «Vaya escribiendo» repitió. — Y esto diciendo se fué. Y yo... ¿Qué iba á hacer yo?

Decidí soltar el rollo y acriollarme decidí y desde entonces comí únicamente pan criollo.

Y como son baratitos, á fin de acriollarme un poco, me dí á fumar como un loco cigarros de «Los Guachitos».

Me hube al fin de decidir y aunque es algo tartamuda mi musa, dejé la duda y un verso me eché á escribir.

Pues pensé: ha de resultar,
(siendo como es actualmente
de «La Criolla» Presidente
un Regules,) regular!

Si tal resultó no sé;
mas por las dichas razones
y otras consideraciones
puedo asegurarles que

esto valdrá poco ó nada
pero, hallándome en tal caso,
he hecho, saliendo del paso,
señores, una gauchada!



LA MODA

RAYO DE LUZ

—¿La señorita de Nebel?

—Presente, respondieron de allá, del reino de la belleza.

Y apareció un retrato y con el retrato la más hermosa cabeza de mujer que hizo Dios para regalarla al Uruguay.

¡Qué noche tan triste! Estoy sola, sola mi alma, y hace un silencio tan grande, que me extremezco con mis mismos movimientos... Las doce; dan las doce; hace lo menos dos horas que aguardo el sueño, y éste no quiere venir. ¡Qué hacerle! Fuerza es estar despierta, y ya que me resuelvo á ello, voy á contarles, amigas mías, una historieta cualquiera.

Hagamos memoria, registremos los viejos pensamientos... Vamos: ya estoy al cabo. He hallado algo que creía absolutame olvidado. Se trata de un cuento de hadas, ó mejor dicho, de reyes y princesas.

Pues...

Se llamaba Absalón, y era un rey poderosísimo, dueño de vastísima y espléndida comarca. Sus tres hijas, Ida, Esmeralda y Celestina, tres preciosas muchachas sumamente bellas y sin igual voluntariosas, tenían al buen rey en continuo sobresalto, pues sus gustos y aficiones rayaban á veces en verdaderas quimeras. El rey que era muy justo y sensato no dejaba de aconsejarlas dulcemente.

—Hijas mías, tened de poco de juicio. ¿No véis que de otra manera os perjudicáis vosotras mismas y hacéis que yo sufra á mi vez? No os lo digo por humillaros, pero deberíais tomar el ejemplo de nuestra sierva Lucía, esa muchacha tan sensata y que piensa mejor y más cuerdate que un anciano.

Palabras éstas que producían en el ánimo de las princesas, un efecto completamente contrario, pues en vez de contener sus extravagancias y devaneos, dábanse á todos los diablos—con lo cual estaría muy conforme Satanás, pues serafines como esos muy pocas veces se dignan invocar tan terribles antros.

¡Imitar á Lucía! ¡imitar á la desgraciada plebeya! ¡Qué cosas tan absurdas tenía su padre!

Y las tres princesas, desde ese momento, movidas por sus caracteres arbitrarios y dominantes resolvieron jugarle una mala pasada á la infeliz Lucía.

Sabían que esta amaba con delirio á un siervo como



CHUTE & BROOKS

Monte Video

Finney



ella, un mozo gallardo y sencillo, tan tímido, que no osaba alzar la vista del suelo delante de una persona de alcurnia.

Así combinadas las princesas, fuese primero Ida y confesóle á su padre el amor que sentía por aquel siervo amado de Lucía, el hermoso Fernando.

Grande fué la cólera y el asombro del rey al oír sus palabras; ordenóle que se quitase en seguida de su presencia, empleando palabras durísimas, como nunca había oído la princesa. Pero mejor aún fué el asombro del rey al escuchar á poco á Esmeralda é Isolina, declarando ambas también el amor que sentían por el siervo Fernando. Mas admiróse, y comparando las palabras y las actitudes de sus hijas, llegó á comprender que en todo aquello no había más que un objeto de broma y de burla para la bondadosa Lucía. Serenóse por completo, y llamó á todas á su presencia, incluso á la sierva.

—Según creo—dijo pausadamente—todas vosotras estáis enamoradas del siervo Fernando. ¿No es esto?

—¡Sí, sí!—exclamaron á una las tres princesas, mientras Lucía, con la cabeza baja, guardaba silencio.

—Por tanto—añadió á poco el rey—yo no veo otro medio de solucionar este conflicto, que haciendo que Fernando no sea de ninguna de vosotras, para cuyo efecto le ordenaré hoy mismo tome el hábito de novicio en el convento de los Agustinos. ¿Quedáis conformes?

Las tres princesas se miraron sonrientes y contestaron á un tiempo:

—Sí, señor; nos resignamos.

Y soltaron medio la risa.

—Y tú ¿qué dices?—añadió el rey al ver que la sierva guardaba silencio—¿Piensas lo mismo?

Levantó la muchacha lentamente la cabeza mostrando su rostro afligido y bañado en lágrimas.

Conmovióse hondamente el rey al verla, y dijo mirándola con ternura:

—¡Ah! Tú le amas; tú si que lo amas verdaderamente... Pues bien: es tuyo, tuyo solo, y yo me consideraré feliz si con mi protección decidida puedo aumentar vuestra dicha. Seréis esposos.

No reían ya las princesas; lloraron después, como la sierva, pero lloraron de despecho.

ALINA DORÉ.

La sorpresa del final

(DE PÉREZ ZUÑIGA)

Suena el timbre fuertemente.

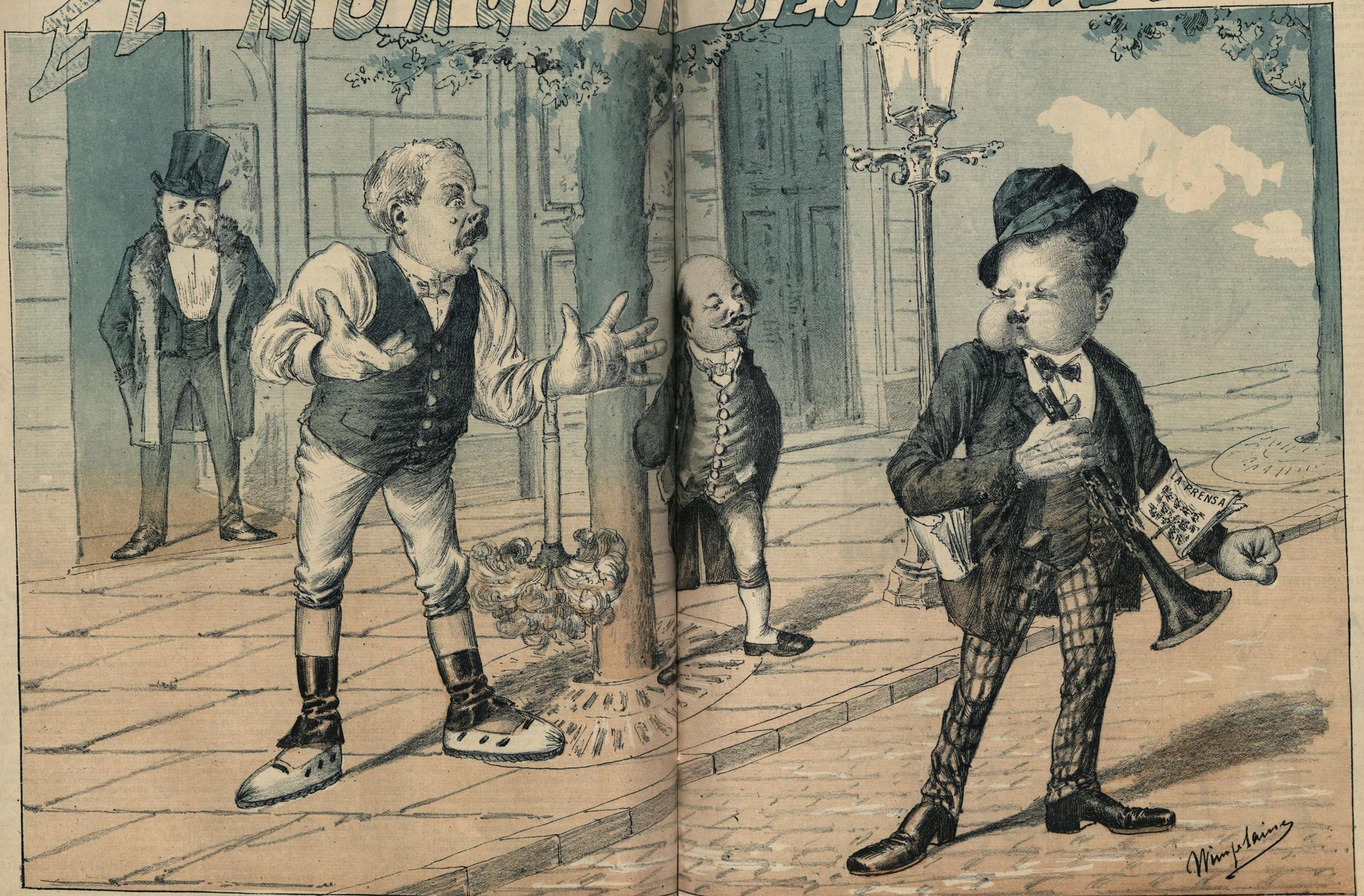
«¿Quién será?»—murmuro *in mente*.

Abro la puerta al instante,

y entra un joven elegante

EL MURGUISTA DESPEDIDO

CARAS y CARETAS



EL PATRON

—¡No esperes á que me altere!
Hazle callar pronto! ¿Estás?

EL CRIADO

—Voy... ¡Vamos, no toques más!
¿No ves que el patrón no quiere?

Wimpelaine

que me dice lo siguiente:

—Muy buenas. ¿Está don Juan?

—Sí (le respondo al galán).

¿En qué le puedo servir?

—Yo soy Felipe Astracán, aficionado á escribir, y vengo á que haga el favor de escucharme este sainete. ¿Le molesto?

—No, señor. Pasemos al gabinete que allí estaremos mejor.

En su puesto cada cual, él su trabajo leía ponderándome, formal, el efecto que me haría la sorpresa del final. Y, si ustedes quieren, yo, sin quitar coma ni punto, voy á repetirles lo que aquel hombre me leyó, pues lo merece el asunto.

«A Valladolid por todo.» Sainete. Pasa la acción de noche. Sale un ciclón. Llueve mucho y cubre el lodo toda la decoracióa. En primer término andén de la estación de Madrid. En segundo, un terraplén, y al foro Valladolid. (Yo, mirándole: «Muy bien». Por la izquierda sale Luque con el paraguas del Duque, y al otro lado está Ledia sujetándose una media con un trozo de balduque. Luque.—¡Gran Dios, lo que veo! Ledia.—¡Qué mozo tan feo! Luque.—(A Ledia). ¡Qué apostura! Ledia.—(Al mozo, con ternura.) ¡Váyase usted á paseo!»

Al llegar aquí, cesó en su lectura Esperé. Más de un minuto pasó, y al fin dije:—Siga usted. Pero el hombre dijo:—Nó. No lo tome usted á mal. —¡Hombre! ¿Me deja usted helado? ¿Y la sorpresa?

—Ha llegado. —¿La sorpresa del final? ¡Si estaré yo trastornado!... —La sorpresa es que no soy tal autor, sino que estoy sin comer, y en este apuro, de su casa no me voy si usted no me presta un duro.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

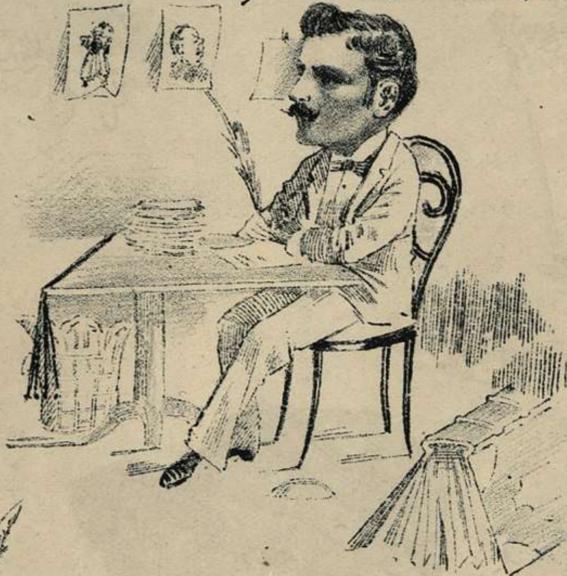
Lo que piensa Monsieur

DEL NUEVO FOLLETO DE MELIAN LAFINUR



—¿Otro libro sur les jarretières de Oribe? Mais, Monsieur Oribe usaba ligas, au moins?
—¿Ligas? ¿Por qué, Monsieur?
—Voyez: «Las charretières de Oribe».
—Y bien...
—Eh bien. Dans France, jarretières quiere decir ligas!

ESTORNUDOS Y SABAÑONES



Hablo con los redactores de la *Idea Universitaria*:

Al que que escribió la crítica á mi crítica de una manera cáustica.... y mordiente, desde ésta, mi sección, embadurnada, le doy las gracias efusivamente. Y no extrañe si cierro mi respuesta considerando al chico inteligente, y discerniéndole desde esta fecha el título de crítico.... inocente.

Y esto entre nosotros, No olvide nunca, para las ulterioridades de la crítica, que *Fray Candela* oficia en el altar de «Estornudos y Sabañones» y nó en el de la *Galería Cómica*. Ya sabe por qué se lo digo.

Murió... pero no de amor como la inocente *Elvira*. Estas eran las palabras que todo el pueblo decía cuando Kubly con *La Prensa*, de tan mal basadas miras, anunció con indirectas el *Krak* de los herreristas por los vehementes deseos de una pronta autonomía, manifestados por Borda hace cosa de diez días. Pero... triste desencanto! todo fué pura política, y un almuerzo con Segundo desautorizó enseguida la verdad de esos deseos, y la ídem de las noticias. Total que entre Borda y Julio siempre hay relaciones... íntimas aunque á los kublystas pese... y á los que no son kublystas.

Es cosa hecha que dentro de breves días empezará la mudanza de todas las Facultades Universitarias al local que ocupó hasta hace algún tiempo el Hotel Nacional.

¿Qué afección habrá alterado la materia gris del cerebro del que adoptó tan descabellada medida?

¿Han reflexionado las autoridades superiores en el ejército de sabañones, catarros, estornudos y otras hermosuras anti-saludables que va á hacer presa del pobre estudiante?

¿Han pensado, siquiera una sola vez, que es muy posible que un soplado fuerte de Eolo lleve á un estudiante á posarse sin ganas en una chata de Lussich ó de Escofet, o a ensartarse en el bauprés de una cañonera de las que estarán haciendo guardia de honor á la Universidad?

¡Horrible disposición! Si se piensa que terminado el frío natural del invierno, y sin que haya entrado completamente en una animadora reacción el estudiante, se les viene encima el frío artificial de los exámenes anuales, díganme si no puede declararse con toda certeza que el cambio de



local pena con muerte prematura á un núcleo de hombres del porvenir.

¡Mucho más contentos se hubieran quedado en la ex-Fidelería!

Por lo menos allí no soplaría tan ferozmente el Pampero, y no era tan necesario el abuso del sobretodo.

¡Pobres estudiantes!... condenados á invierno perpétuo!

Según el testimonio de un fondero que en el bajo reúne á todo el mundo, se pelearon ayer, por un lucero, un sargento segundo del primero y un sargento primero del segundo.

Un conocido compositor musical, de estilo melancólico, acaba de editar en casa de Esteve un cáncan furioso que tiene por título: *Ilusiones bordeadas en una herrería*.

Es dedicada á Kubly y se vende en todas las librerías que están por fundirse.

Y hasta en *La Nación* se ha puesto en venta. Es muy *AILABLE*.

¡Tiemble de pavor la tierra! ¡noticia sensacional! El Ministro de la Guerra tiene en su casa una perra, aunque el decirlo esté mal.



FRAY CANDELA.

TEATROS



Hamlet Borda - Va, va de mánaco, anche tú!

El martes estrenóse Novelli en Cibils con *La Tía de Carlos*, una nueva creación del insigne actor, en la que desempeñó el papel de la tía, como él sólo sabe hacerlo, con esa portentosa realidad que nos hace casi familiar el arte y el teatro. En el monólogo *Diógenes*, mostróse inimitable, espléndido, encantando al público con las desdichas de aquel pobre buscador de colillas de cigarro, que tiene aún una lágrima de sentimiento.

Del *Rapto de las Sabinas*, *Santarellina*, y demás representaciones, ¿qué debo decir? Pues que estando Novelli en la escena, está allí el arte, el talento la realidad más admirable.

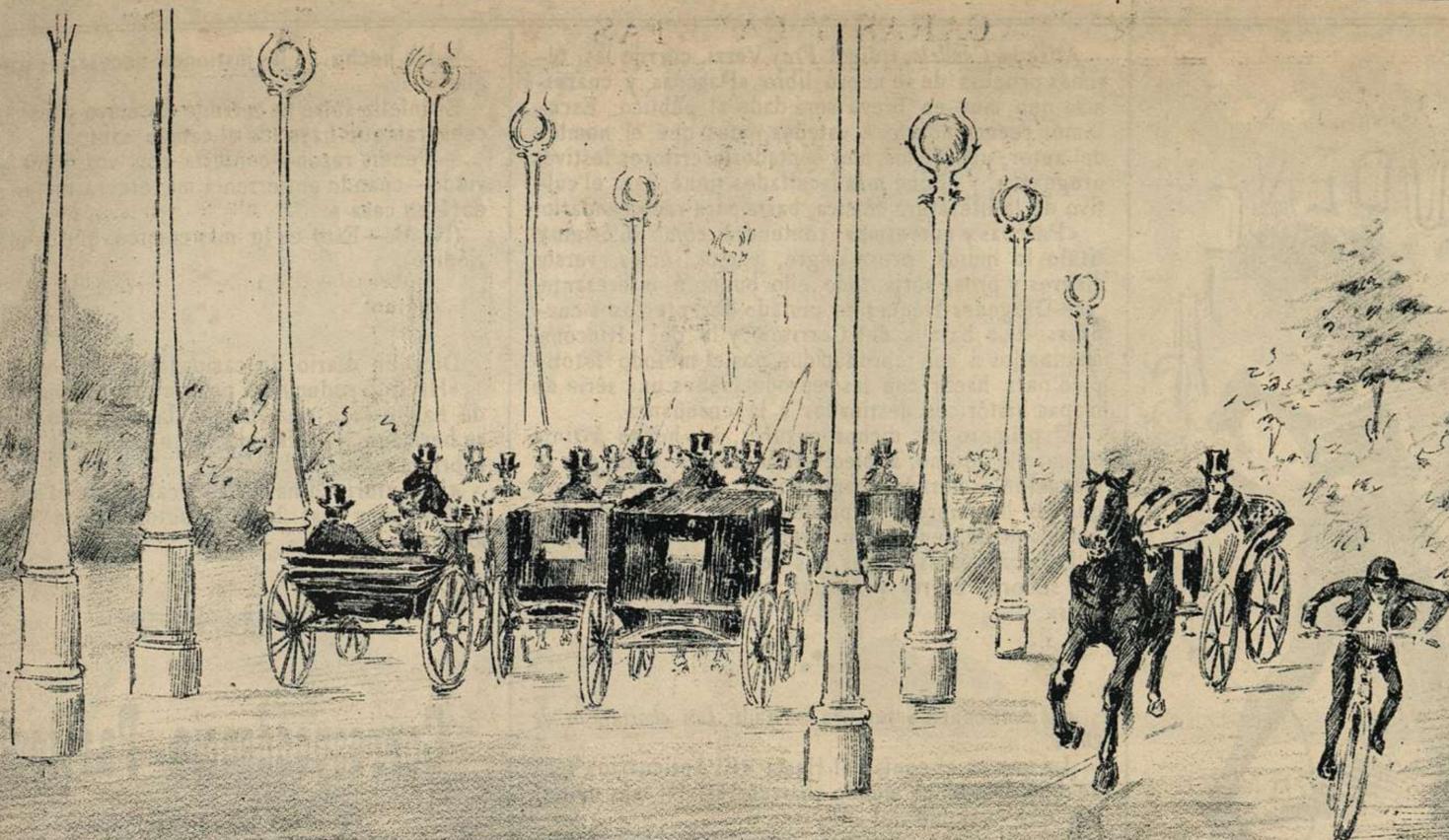
¡Lástima grande que la temporada sea tan breve! Y que no hayamos tenido en ella el anunciado *Hamlet*! Tendremos que contentarnos con nuestro triste *Hamlet Borda* y *Obes*, que esta semana ha dado sus mejores calabazas á Ofelia Kubly y Santos.

Pero es poco, para contentarse. Y no perdemos la esperanza de ver de Shakespeare y Novelli.

De la compañía de zarzuela que actúa en Solis, poco podemos decir por ahora, pues Pastor nos demoró el envío de las localidades, y nosotros empezamos á escribir temprano. Sabemos lo que la prensa dice; que la compañía es buena, que hay allí elementos selectos, de primer orden.

Hasta el domingo que viene, pues, nuestro juicio sincero.

RE-BEMOL.



ENTRE DOS FUERZAS

NOVELA

POR

ARTURO A. GIMÉNEZ

V

Quando vestido por fin y cansado de gritar se presentó en la sala, recién afeitado y peinado con esmero, hablaban ellas de Buenos Aires, tema que había salido á colación tras las quejas por la falta de diversiones que se notaba en Montevideo.

—Acabaste al fin de vestirte?

—Sí; ya estoy en traje de carácter: ¿no es cierto, Cora, que estoy hecho todo un buen mozo?

—Ya lo creo! contestó ella, dilatada su boca grande y nerviosa por aquella risa franca y alegre que parecía siempre desbordarse hasta por los ojos.

—¡Al fin acabó la *toilette!* dijo Daniel. Porque este, como quien no dice nada, se lleva su buena horita delante del espejo.

—¡Pero hombre! contestó el otro. No he tardado tanto; es que tú has venido casi una hora antes de la señalada.

Aquello era verdad; Daniel no tuvo qué contestar, y hasta pareció cortarle un poco la observación, porque se puso algo colorado, lo cual hizo que le dijera Mario:

—Pero no te lo digo como reproche ¿eh? Es solo para defenderme de tu acusación.

Y, como todos se habían distraído con su llegada y permanecían aún callados, agregó en seguida:

—¿De qué se trataba?

—¡Ah! De Buenos Aires, dijo Orfilia, con la entonación casi triunfante de quien encuentra un recuerdo algo desvanecido.

—¿Qué decían de Buenos Aires? preguntó nuevamente Mario con su aire ligeramente preocupado.

—¡Ah! Hablábamos de lo divertido y lujoso que es; allí sí dá gusto; tantas luces en la calle Florida, tantos arcos de gas que se encienden todas las noches, no como acá, solo en Carnaval, la iluminan como si fuera de día; y vieras, Cora, qué bien arreglan las vidrieras! Hasta la calle Rivadavia hay siempre luces y jente.

—¿Y allí es el paseo de noche, como aquí en la Plaza Independencia?

—Nó; cuando yo estaba el paseo era de seis á ocho en Palermo, que es como aquí el Prado, ¡pero mucho más lindo! Hay una calle muy linda alumbrada con focos de luz eléctrica, (pero de esa muy blanca), y por ahí pasan los carruajes, unos por un lado y otros por otro de los postes que sostienen los focos, caminando en direcciones opuestas.

Y siguió contando, con mil detalles que no escapan nunca á la mirada de una mujer, evocando aquel espectáculo animado por el ir y venir conti-

nua de los coches montados por lo mejor de Buenos Aires arrastrando la ostentación del lujo y la vanidad, lleno el aire de los mil relámpagos formados por la luz desmenuzada de los grandes globos blancos quebrándose y entrecruzando sus astillas al ser rechazada por el barniz de las relucientes cajas y los finos rayos de las ruedas de mil coches caminando al paso, uno trás de otro, á ambos lados del camino.

Luego Cora le preguntó por la ópera, por los teatros, y ella siguió hablando de ellos con cierto entusiasmo lijero, hasta que por fin Daniel, como si aquello le causara impaciencia dijo con un tono en que parecía haberse desleído una gota de ironía despechada:

—¿Entonces aquello es mucho mejor que esto?

—¡Ah; sí, es mejor!

—Ya se vé que le gusta más.

—Como ciudad sí; es más ciudad que Montevideo.

Daniel, llegada á aquel punto y aparte la conversación, dejó de doblar y desdoblarse un papelito que ya había plegado mil veces, hasta dejarlo como trapo, y dijo á Mario que se entretenía en recorrer con el dedo las curvas de las esculturas del piano.

—¿Vamos?

—Vamos, contestó el otro.

Pero en la puerta de calle, al emprender la marcha, Daniel se negó á acompañarle.

—Nó; no voy ¿á qué voy yo allá? Me marcho á casa.

—¡Pero hombre! Iremos al café, donde tal vez estén los muchachos y....

—Nó; es muy cómodo eso de que lo acompañen á uno hasta para ver á su novia, ó lo que sea; vete tú sólo á verla si quieres; yo no voy.

—Pero ¿porqué viniste entonces? Vamos, hombre.

—Nó; ¡te he dicho que nó, caramba! replicó con impaciencia irritada que sorprendió á Mario hasta hacerle decir:

—¡Pero estás furioso! ¿Qué diablos tienes?

—Nada; que no quiero ir y nada más. Hasta mañana, muchacho.

Y se marchó, dejando á Mario parado, sin saber á qué atribuir aquel repentino mal humor.

Siempre iban juntos los domingos, algunas veces al café, donde solían encontrar á los amigos, otras á la casa de uno de éstos, donde tomaban mate y charlaban hasta que se levantaba Mario diciendo su sacramental:

—Señores, voy á pasar mi hora de amor.

—Anda, anda á la querencia, decían los otros sin interrumpir un partido de ajedrez ó una discusión. Y allá se marchaba, por lo general acompañado de Daniel á quien su casa quedaba de camino y al cual muchas veces hacía seguir hasta la casa de su *dragona*, aunque sin vencer mil escrúpulos ni evitar mil protestas de aquel muchacho que pasaba aún ante las mujeres con un aire austero de sacerdote joven, temeroso de que creyeran que se preocupaba de ellas.

Por eso quedó sorprendido ante aquella resistencia irritada, pero, indolente como era para todo aquello que no le interesaba directamente, renunció

á encontrar la causa de ella, y después de un momento de distracción se encojió de hombros y dijo:

—¡Vaya al diablo todo! Es un bárbaro; me marcharé sólo á pasar mi hora de amor.

Su hora de amor... Era eso precisamente.

Había encontrado el medio de llenar aquel su gusto de dar satisfacción, hasta donde lo permitía la índole de su afecto, al deseo, impetuoso como suyo, de amor novelesco y libre de obstáculos que soñara en sus momentos de entusiasmo por la mujer y la pasión, en sus momentos de violenta necesidad de sensaciones intensas, de actividad afectiva que quería á todo trance experimentar en aquel gran momento de extraordinaria fecundidad del espíritu en que las pasiones se desarrollan poderosas, rápidas y efímeras, como si al mismo tiempo que las crea, las consumiera á penas creadas la ardiente primavera de la juventud del alma.

—Al *medio pelo*, muchacho! Hay que dedicarse al *medio pelo*, si quiere uno gozar del amor, había él dicho siempre á Daniel cuando de esto trataban.

Claro; era insoportable el amor al uso de la alta sociedad, modelado y reglamentado por la etiqueta, con las distancias marcadas de antemano y los movimientos apropiados á cada tiempo fijo, como las figuras de un *minuet* cumplimentero.

Al principio, la visita cada quince días, vestido á la última moda, recibido en la sala bien iluminada donde ha de reinar el amor disfrazado con traje de ceremonia.

Después, la época del intervalo de ocho días, de la visita semanal con secretesos disimulados y apretoncitos de manos rapidísimos, juiciosamente interrumpidos por la mirada ó la repentina pregunta de la acompañante.

Una vez averiguados los recursos del pretendiente, su importancia social, etc., la invitación á comer, una vez por mes; la digestión de etiqueta después del amor de ceremonia; y finalmente, días antes del matrimonio, ya casi tragado el anzuelo por completo, cuando maldita la falta que hace, la libertad depasearse del brazo por el comedor abierto á los cuatro vientos y á las cuarenta miradas de los de la casa.

—¡Vaya una manera de gozar el amor, suministrados sus encantos más suaves por pequeñas dosis bien calculadas, como la homeopatía!

¡No era eso, nó!

No se trataba de decirse: «te quiero» como quien dice: «buenas noches» ó «qué mal tiempo hace». Era casi ridículo encerrar aquel sentimiento fogoso y arrebatado en el convencionalismo de la etiqueta como un cuerpo nervioso en un traje de cartón.

El quería la libertad que concede la aceptación sin cálculo de un pretendiente superior á la pretendida por su posición social; él quería su hora de amor, hablándose con los labios juntos, oprimidos los cuerpos por un largo abrazo en las explosiones de ternura que piden y derrochan caricias.

(Continuará).





Algunos diarios han dedicado severos sueltos á «un periódico de caricaturas» que no contento con ridiculizar al Presidente, la emprendió también con la familia.

Participando en parte de las ideas emitidas por dichos diarios, y, considerando por tanto justas, en parte, las censuras dirigidas al colega, eso de «un periódico de caricaturas» nos molesta, porque habiendo dos: *El Negro Timoteo* y *CARAS Y CARETAS*, pudiera caernos el sambenito sin que hayamos hecho gestiones para ello, dado que no todo el mundo está obligado á aprenderlos.

¡Qué! ¿Tuvieron miedo de precisar, los colegas? ¡Oh prudencia, á lo que obligas! ¡Y cuánto más fácil hubiera sido poner: *El Negro Timoteo* en vez de «un periódico de caricaturas», sino fuera por esa debilidad que tienen los colegas!

El millonario Tedoro
sus rentas tiene en papel.
Ya sé porque dice de él
la gente, que nada en oro.

Las exigencias del ajuste nos obligaron á suspender el domingo anterior el siguiente suelto, que por tal causa, apareciendo hoy, aparece algo tarde.
Se trata de nuestros colaboradores:

Alfredo Candela, ¡digo! Fray Varzi, corrige las últimas pruebas de su nuevo libro «Pascuas y cuaresma» que muy en breve será dado al público. Escusamos recomendarlo á ustedes, pues que el nombre del autor, uno de los muy contados escritores festivos uruguayos, y el que más facultades tiene para el cultivo de la literatura cómica, basta para recomendarlo.

«Pascuas y cuaresma» contendrá, como su original título lo indica, prosa alegre, versos serios, versos alegres y prosa seria, todo ello bueno é interesante.

—Diógenes Héquet ha pintado dos preciosos cuadros: «La batalla del Cerrito» y la del «Rincón», destinados á ser reproducidos por el método fototípico para hacer con las reproducciones una serie de mapas históricos destinados á la enseñanza.

El primero de dichos cuadros, es hecho á tinta china, y el último, al óleo; son notables, tanto por su ejecución esmerada, cuanto por la exactitud histórica que les ha impreso el primero de los pintores uruguayos de la generación joven

Editarán estos mapas dos comerciantes patriotas, los señores Sierra y Antuña, iniciadores de la empresa.

«El Anticuario» nos ha enviado *Las charretas de Oribe*.

¡Lo que es el contagio! Hasta «El Anticuario» vende hoy á todo el mundo charreteras! Ni más ni menos que el Gobierno!

Eso sí; estas charreteras valen mucho más que las que el Gobierno dá, porque han de saber ustedes que han sido hechas en la acreditada casa de cordonería literaria del doctor Luis Melian Lafinur, artífice acreditadísimo en este género de trabajos.

Todos los que asistieron á la representación de *La zia de Carlos* interpretada por Novelli, se hacen lenguas de lo admirablemente bien que hace en dicha comedia el papel de mujer.

En cambio todos los que hemos asistido á la representación de la traja-farsi-comedia *El tutor de Juan*, puesta en escena ultimamente en el teatro político, hemos quedado; antes al ver lo mal que hace don Juan Presidente Borda el papel de hombre.

—Tú discreta? Quitá, loca!
—Y mi discreción no es poca;
Todc cuanto oigo lo olvido,
pues me entra por un oído
y me sale... —Por la boca.

De un periódico cómico (!)
«De vuelta de un entierro al Buco»:
Se trata de un viudo que ha ido á acompañar el cadáver de su segunda esposa al cementerio.
—¡Calla! ¿Estás condecorado?
—Ya lo ves.
—Y qué has hecho para que te dieran esa cruz?

—He hecho... las gestiones necesarias para arreglarla.

El infeliz sufre un terrible desmayo y los amigos le censuran que haya ido al campo santo.

—Teneis razon—contesta con voz débil el pobre viudo—cuando entierren á mi tercera mujer me quedaré en casa »

(N. B.—Esto es lo más cómico que tiene el periódico).

Dice un diario de campaña:

«Ha sido reducido á prision un individuo acusado de haber dado una cuchillada á su tío, dos tiros á su hermano, y ultimamente un golpe de hacha á su sobrino.»

«La autoridad ha tomado cartas en el asunto.»
Pues muy mal hace la autoridad en meterse en asuntos de familia.

Correspondencia Particular

Filón—Rocha—¡Qué Filón! Felón, habrá querido usted poner. Porque está usted cometiendo una verdadera felonía con los versos y con su autor; aunque como tal aparezca usted.

Pulgarcito—Montevideo.

Mal su nombre, *Pulgarcito*, eligió usted, pues delata su verso, que usted lo ha escrito con el *Pulgar* de la pata.

J. B.—Id.—De cómico tiene poco, aunque está bien versificado, y no siendo cómico ni de actualidad, me es imposible satisfacerle.

S. S.—Id.—Lo lei con gran atención, estudié su *tipo rico*, lo pensé con detención, y resuelvo, en conclusión, decir que... no lo publico!

El Reboticario—Id.—¡Rebruto!

L. M.—Florida—

No sé qué decirle...
No sé si pegarle...
ni dónde buscarle
ni dónde pedirle
que no escriba más.
Me altera el leerle,
no quiero juzgarle,
ni quiero mirarle,
ni quiero ya verle
por acá jamás!

El Fauno—Montevideo—Pues... algo hay, pero no hay bastante.

R. T.—Id.—Sí, hombre, sí.

AL POLO
BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, 184

ESTUDIO FOTOGRAFICO
DOLCE

Calle Sarandí, 359

Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



A. CALLIGARIS
ESTUDIO FOTOGRAFICO

Hace esta fotografia retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gantes.



FOTOGRAFIA
INGLESA
DE
J. FITZ PATRICK

Fotografia de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

